

La liberación del pueblo de Dios

Cuando la protección de las leyes humanas les sea negada a los que honran la Ley de Dios, habrá en diferentes países un movimiento simultáneo con el propósito de destruirlos. Cuando el tiempo señalado por el decreto esté cerca, el pueblo conspirará para asestar en una noche un golpe decisivo que acalle la disidencia y la reprobación.

El pueblo de Dios –algunos en las celdas de las cárceles, algunos en los bosques y las montañas– ruega por la protección divina. Personas malvadas, instigadas por los malos ángeles, se están preparando para la obra de muerte. Ahora, en la hora de máxima gravedad, Dios se interpone: “Ustedes cantarán como en noche de fiesta solemne; su corazón se alegrará, como cuando uno sube con flautas la montaña del Señor, a la Roca de Israel. El Señor hará oír su majestuosa voz, y descargará su brazo: con rugiente ira y llama de fuego consumidor, con aguacero, tormenta y granizo” (Isaías 30:29, 30).

Multitudes de personas malvadas están por embestir para atacar a su presa, cuando densas tinieblas, más oscuras que la noche, descienden sobre la Tierra. Entonces un arco iris se extiende de un lado al otro del cielo y parece envolver a cada grupo que está orando. Las encolerizadas multitudes son detenidas. Olvidan a los objetos de su ira. Fijan la mirada en el símbolo del pacto de Dios y anhelan ser protegidos de su brillo.

El pueblo de Dios oye una voz que dice: “Miren hacia arriba”. A semejanza de Esteban, alzan la mirada y observan la gloria de Dios y del Hijo del Hombre sobre su trono (ver Hechos 7:55, 56). Disciernen las señales de su humillación, y escuchan su pedido: “Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy” (S. Juan 17:24). Se oye una voz que dice: “¡Aquí están, santos, inocentes e inmaculados! Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles”.

A medianoche, Dios manifiesta su poder en favor de la liberación de su pueblo. El sol aparece brillando con toda su fuerza. Siguen señales y milagros. Los malvados observan con terror la escena, mientras los justos contemplan las señales de su liberación. En medio de los cielos conmovidos hay un espacio claro de gloria indescriptible, de donde baja la voz de Dios, semejante al sonido de muchas aguas, que dice: “¡Se acabó!” (Apocalipsis 16:17).

Esa voz conmueve los cielos y la Tierra. Ocurre un terrible terremoto: “Nunca, desde que el género humano existe en la tierra, se había sentido un terremoto tan grande y violento” (Apocalipsis 16:18). Las rocas quebrantadas se esparcen por

todos lados. El mar es azotado con furia. Se escucha el rugido de un huracán como voz de demonios. La superficie de la Tierra se quebranta. Parece que sus mismos fundamentos ceden. Puertos marinos que han llegado a ser como Sodoma por su impiedad son tragados por las aguas agitadas. “Dios se acordó de la gran Babilonia y le dio a beber de la copa llena del vino del furor de su castigo” (Apocalipsis 16:19). Grandes piedras de granizo hacen su obra de destrucción. Ciudades orgullosas son arrasadas. Palacios señoriales en los cuales personas han malgastado su riqueza se desploman ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y el pueblo de Dios es liberado.

Se abren las tumbas, “y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas” (Daniel 12:2). “Quienes lo traspasaron”, los que se mofaron de las agonías del Cristo moribundo, y los más violentos opositores de su verdad, son resucitados para observar el honor que se tributa a los leales y obedientes (Apocalipsis 1:7).

Fieros relámpagos envuelven la Tierra en una cortina de fuego. Por encima del trueno, voces misteriosas y terribles declaran la condenación de los malvados. Los que se mofaban y desafiaban, y se manifestaban crueles con los que observaban los mandamientos de Dios, ahora tiemblan de terror. Los demonios tiemblan, en tanto que los seres humanos claman por misericordia.

El Día del Señor

Dijo el profeta Isaías: “En aquel día la gente arrojará a los topos y murciélagos los ídolos de oro y plata que había fabricado para adorarlos. Se meterá en las grutas de las rocas y en las hendiduras de los peñascos, ante el terror del Señor y el esplendor de su majestad, cuando él se levante para hacer temblar la tierra” (Isaías 2:20, 21).

Los que lo han sacrificado todo por Cristo están ahora seguros. Ante la vista del mundo y desafiando la muerte, han demostrado su fidelidad a aquel que murió por ellos. Sus rostros, hasta hace poco pálidos y demacrados, brillan ahora iluminados por la admiración. Sus voces se elevan en un cántico triunfante: “Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar; aunque rujan y se encrespen sus aguas, y ante su furia retiemblen los montes” (Salmo 46:1-3).

Mientras ascienden estas palabras de santa confianza ante Dios, la gloria de la Ciudad Celestial traspasa los portales abiertos. Luego aparece una mano en los cielos que sostiene dos tablas de piedra. Esa Ley santa, proclamada desde el Sinaí, ahora es revelada como la regla del Juicio. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despiertan los recuerdos. Se destierran de la mente la oscuridad de la superstición y la herejía.

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado la Ley de Dios. Para obtener el favor del mundo, anularon sus preceptos y enseñaron a otros a transgredirlos. Ahora son condenados por la Ley que han

despreciado, y ven que están sin excusa. Los enemigos de la Ley de Dios tienen un nuevo concepto de la verdad y del deber. Ven, demasiado tarde, que el sábado es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven el fundamento de arena sobre el cual han estado edificando. Han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos han conducido sus almas a la perdición, en tanto que profesaban guiarlos al paraíso. ¡Cuán grande es la responsabilidad de las personas que tienen un oficio sagrado, y cuán terribles los resultados de su infidelidad!

Aparece el Rey de reyes

Se oye la voz de Dios declarando el día y la hora de la venida de Jesús. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo mientras su semblante resplandece con la gloria de Dios. Pronto aparece en el Este una pequeña nube negra. Es la nube que rodea al Salvador. En medio de un silencio solemne los hijos de Dios la miran con atención mientras se acerca, hasta que se convierte en una gran nube blanca, cuya base es una gloria semejante a un fuego consumidor, y su corona, el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un poderoso conquistador, ya no como “varón de dolores”. Lo asisten santos ángeles, una inmensa e innumerable multitud de ellos, “millares de millares y millones de millones”. Todos los ojos observan al Príncipe de la vida. Una diadema de gloria descansa sobre su frente. Su semblante brilla más que el sol del mediodía. “En su manto y sobre el muslo lleva escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16).

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. La Tierra tiembla delante de él. “Nuestro Dios viene, pero no en silencio; lo precede un fuego que todo lo destruye, y en torno suyo ruge la tormenta. Dios convoca a los cielos y a la tierra, para que presencien el juicio de su pueblo” (Salmo 50:3, 4).

“Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos, y todos los demás, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: ¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?” (Apocalipsis 6:15-17).

Cesan las burlas, callan los labios mentirosos. No se oye otra cosa que la voz de la oración y el sonido de la lamentación. Los malvados ruegan ser enterrados bajo las rocas antes que hacer frente al rostro de aquel a quien han traspasado. Conocen esa voz que penetra el oído de los muertos. ¡Cuán a menudo los ha llamado al arrepentimiento con tonos cariñosos! ¡Cuán a menudo fue oída en la invitación de un amigo, un hermano, un Redentor! Esa voz despierta los recuerdos de advertencias despreciadas y de invitaciones rechazadas.

Están también los que se mofaron de Cristo en su humillación. Él declaró: “De ahora en adelante verán ustedes al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo” (S. Mateo 26:64). Ahora lo contemplan en su gloria; todavía han de verlo sentado a la diestra del poder. Allí está el altivo Herodes que se burló de su título real. Ahí están quienes colocaron sobre su

frente la corona de espinas y en su mano el cetro burlesco, los que se arrodillaron delante de él con burlas blasfemas, los que escupieron en el rostro del Príncipe de la vida. Tratan de huir de su presencia. Los que atravesaron sus manos y sus pies con los clavos contemplan esas marcas con terror y remordimiento.

Con aterradora claridad los sacerdotes y gobernantes recuerdan los sucesos del Calvario, y cómo, meneando sus cabezas con regocijo satánico, exclamaron: “Salvó a otros, ¡pero no puede salvarse a sí mismo!” (S. Mateo 27:42). Con un sonido más alto que el clamor de “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” que resonó por Jerusalén, se eleva el clamor de la desesperación: “¡Es el Hijo de Dios!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes.

En la vida de todos los que rechazan la verdad hay momentos cuando la conciencia se despierta, cuando el alma es atacada por vanos remordimientos. ¡Pero qué son estas cosas comparadas con el remordimiento de aquel día! En medio del terror oyen las voces de los santos que exclaman: “¡Este es el Señor, a quien hemos esperado! ¡Él nos salvará!” (Isaías 25:9, RVC).

La voz del Hijo de Dios llama a los santos que duermen. Por toda la Tierra los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán, un gran ejército de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Desde la cárcel de la muerte salen revestidos de una gloria inmortal, exclamando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (I Corintios 15:55, RVC).

Cada uno sale de la tumba teniendo la misma estatura que cuando entró en ella. Pero todos se levantan con la frescura y el vigor de la juventud eterna. Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los transformará a la semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, manchada en otro tiempo por el pecado, llega a ser perfecta, hermosa e inmortal. Las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Los redimidos “crecerán” (ver Malaquías 4:2, RV 1865) hasta la estatura plena de la raza humana en su gloria primitiva, y los últimos rastros de la maldición del pecado serán quitados. Los fieles de Cristo reflejarán en la mente y en el cuerpo la imagen perfecta de su Señor.

Los justos vivos son cambiados “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos”. A la voz de Dios son hechos inmortales y, junto con los santos resucitados, son arrebatados para encontrarse con su Señor en el aire. Los ángeles “reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:31). Los niños pequeños son entregados en los brazos de sus madres. Amigos separados por largo tiempo por la muerte se reúnen, para no separarse más, y con cánticos de alegría ascienden juntos a la Ciudad de Dios.

En la Ciudad Santa

Toda mirada de la multitud innumerable de los redimidos se fija en Jesús. Todo ojo contempla la gloria de aquel cuya apariencia “fue desfigurada [...] más que la de cualquier hombre, y su aspecto más que el de los hijos de los hombres” (Isaías 52:14, NBLA). Sobre la cabeza de los vencedores Jesús coloca la corona de gloria. Hay una corona para cada uno, la cual lleva su propio “nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17) y la

inscripción: “Santidad al Señor” [Éxodo 28:36, NBLA]. En la mano de todos se coloca la palma de la victoria y el arpa brillante. Entonces, cuando los ángeles encargados dan la nota, todas las manos pulsán hábilmente las cuerdas y prorrumpan en ricos y melodiosos acordes. Todas las voces se elevan en agradecida alabanza: “Al que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre, ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” (Apocalipsis 1:5, 6).

Ante las multitudes redimidas se encuentra la Santa Ciudad. Jesús abre los portales, y las naciones que han guardado la verdad entran por ellos. Entonces su voz se oye mientras proclama: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo” (S. Mateo 25:34). Cristo presenta al Padre la compra hecha con su sangre, declarando: “Aquí estoy, con los hijos que Dios me dio” (Hebreos 2:13). “A los que me diste, yo los cuidé” (S. Juan 17:12, RVC). ¡Oh, qué gozo el de aquella hora cuando el Padre infinito, mirando a los redimidos, contemplará su imagen, con la mancha del pecado desterrada, y a lo humano una vez más en armonía con lo divino!

El gozo del Salvador es ver, en el reino de la gloria, a las almas salvadas por su agonía y su humillación. Los redimidos compartirán su gozo: contemplan a los que ganaron por sus oraciones, trabajos y sacrificio amante. Su corazón se verá lleno de alegría cuando vean que uno ganó a otros, y estos a otros más.

Los dos Adanes se encuentran

Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la Ciudad de Dios, resuena un triunfante clamor. Están por encontrarse los dos Adanes. El Hijo de Dios ha de recibir al padre de nuestra raza, a quien creó, el que pecó, aquel por cuyo pecado existen las señales de la crucifixión en el cuerpo del Salvador. Cuando Adán discierne las marcas de los clavos, se arroja con humillación a los pies de Cristo. El Salvador lo levanta y le pide que de nuevo observe el hogar edénico del cual se ha visto excluido por tanto tiempo.

La vida de Adán estuvo llena de dolor. Cada hoja que moría, cada víctima de un sacrificio, cada mancha en la pureza del ser humano, era un recordativo del pecado. Terrible fue la agonía de remordimiento cuando hizo frente a los reproches que se le hacían por causa del pecado. Fielmente, se arrepintió de su pecado, y murió en la esperanza de la resurrección. Ahora, por medio de la expiación, Adán es restablecido.

Transportado de gozo, contempla los árboles que una vez fueron su delicia, cuyo fruto él mismo había recogido en los días de su inocencia. Ve en las viñas que sus propias manos cultivaron las mismas flores que en otro tiempo le encantaba cuidar. ¡Esto es, en verdad, el Edén restaurado!

El Salvador lo conduce al árbol de la vida y lo invita a comer. Adán observa una multitud de su familia redimida, y entonces arroja su corona a los pies de Jesús y abraza al Redentor. Pulsa el arpa, y las bóvedas del Cielo repercuten con el eco de su cántico triunfal: “Digno, digno es el Cordero que fue sacrificado” (Apocalipsis 5:12,

NTV). La familia de Adán echa sus coronas a los pies del Salvador mientras se postra en adoración. Los ángeles lloraron cuando se produjo la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús abrió la tumba en favor de todos los que creyeran en su nombre. Ahora contemplan la obra de la redención realizada y unen sus voces en alabanza.

Sobre el “mar como de vidrio mezclado con fuego” se reúne el grupo de los que “habían vencido a la bestia, a su imagen y al número de su nombre”. Los 144.000 fueron redimidos de entre los seres humanos, y ellos cantan un “cántico nuevo”, el cántico de Moisés y del Cordero (ver Apocalipsis 15:2, 3). Ninguno fuera de los 144.000 puede aprender ese canto, porque es el cántico de una experiencia que ningún otro grupo ha tenido jamás. Estos “son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”. Estos, habiendo sido trasladados de entre los vivos, fueron “rescatados como los primeros frutos de la humanidad para Dios y el Cordero” (Apocalipsis 14:4, 5). Pasaron por el tiempo de angustia tal como no lo hubo desde que existió la humanidad. Soportaron la angustia de Jacob; permanecieron en pie sin un intercesor durante el derramamiento de los juicios de Dios. Ellos “han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). “No se encontró mentira alguna en su boca, pues son intachables” delante de Dios (Apocalipsis 14:5). “Ya no sufrirán hambre ni sed. No los abatirá el sol ni ningún calor abrasador. Porque el Cordero que está en el trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva; y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos” (Apocalipsis 7:16, 17).

Los redimidos en gloria

En todas las edades los escogidos del Salvador recorrieron sendas estrechas. Fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Cristo soportaron el odio, la calumnia, la abnegación y amargos chascos. Conocieron el mal del pecado, su poder, su culpa, su desgracia; lo miraron con aborrecimiento. Un sentido del infinito sacrificio hecho para curarlo los humilla y llena su corazón de gratitud. Aman mucho porque les ha sido perdonado mucho (ver S. Lucas 7:47). Habiendo sido participantes de los sufrimientos de Cristo, están preparados para participar de su gloria.

Los herederos de Dios vienen de altillos, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cavernas. Fueron “pobres, angustiados, maltratados”. Millones descendieron a la tumba cargados de infamia porque rehusaron ceder a Satanás. Pero ahora ya no tienen ninguna aflicción, no están esparcidos ni oprimidos. Por lo tanto, se hallan revestidos de mantos más ricos que los que usaron los seres humanos más honrados de la Tierra, coronados con las diademas más gloriosas que jamás se hayan colocado en la frente de los monarcas terrenales. El Rey de gloria ha limpiado las lágrimas de todos los rostros. Estallan en un cántico de alabanza claro, dulce y armonioso. El himno resuena en las bóvedas del Cielo: “¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!”. Y todos responden: “¡Amén! La alabanza, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, la honra, el poder y la fortaleza son de nuestro Dios por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 7:10, 12).

En esta vida solo podemos comenzar a entender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra comprensión limitada podemos considerar con toda seriedad la vergüenza y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se encuentran en la Cruz; sin embargo, ni aun con el mayor esfuerzo de nuestras facultades mentales alcanzamos a captar todo su significado. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor redentor se comprenden solo oscuramente. El plan de redención nunca será plenamente entendido, aunque los redimidos lleguen a ver como son vistos, y lleguen a conocer como son conocidos; pero a través de las edades eternas nuevas verdades continuarán desenvolviéndose ante la mente admirada y deleitada. Aunque las angustias y los dolores y las tentaciones de la Tierra han terminado y su causa ha sido removida, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento claro, inteligente, de lo que ha costado su salvación.

La Cruz será el canto de los redimidos por toda la eternidad. En el Cristo glorificado contemplarán al Cristo crucificado. Nunca olvidarán que la Majestad del Cielo se humilló a sí mismo para levantar al ser humano caído, que él soportó la culpa y la vergüenza del pecado y el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que los males de un mundo perdido quebrantaron su corazón y acabaron con su vida. El Hacedor de todos los mundos puso a un lado su gloria por amor al ser humano: esto siempre despertará la admiración del universo. Cuando las naciones de los salvados contemplen a su Redentor y comprendan que de su reino no habrá fin, prorrumpirán en este cántico: "¡Digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!"

El misterio de la Cruz explica todos los misterios. Se verá que aquel que es infinito en sabiduría no podía idear otro plan para nuestra salvación fuera del sacrificio de su Hijo. La compensación por este sacrificio es el gozo que tendrá de poblar la Tierra con seres redimidos, santos, felices e inmortales. Tan grande es el valor del alma que el Padre está satisfecho con el precio pagado. Y Cristo mismo, contemplando los frutos de su gran sacrificio, también está satisfecho.